

LOS REYES MAGOS [267]

2026

Contemplación (día 22)

Entramos en la presencia de Dios en estos Ejercicios Espirituales, en los cuales vamos a contemplar hoy esa escena tan maravillosa de la vida de Cristo que es la adoración de los Reyes Magos.

[267] DE LOS TRES REYES MAGOS ESCRIBE SANT MATHEO EN EL CAPÍTULO 2, 1-12.

1º Primero: los tres reyes magos, guiándose por la estrella, vinieron a adorar a Jesús, diciendo: *(Vimos la estrella del oriente y venimos a adorarlo).*

2º 2º: le adoraron y le ofrecieron dones: *(Prostrándose por tierra lo adoraron y le presentaron dones, oro, incienso y mirra).*

3º 3º: *(Recibieron respuesta estando dormiendo que no tornasen a Herodes, y por otra vía tornaron a su región).*

VIVIR EN LA VERDAD.

Fijaos que, de estos personajes, —cuyo número no conocemos, pero sabemos que llevaron tres ofrendas: oro, incienso y mirra— sí sabemos que venían del Oriente y por tanto que habían hecho un largo recorrido buscando la Verdad. Esa es como la primera idea importantísima: Nada humano puede construirse si no es desde la verdad. Es más, Jesús mismo dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». (Jn 14, 6). «Si conociereis mis palabras y permanecéis en mis palabras, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»¹. Y por eso, cualquier alma que quiera unirse, que quiera encontrar al Señor, que le busque y que realmente tenga una actitud sincera para encontrarle, **es alguien llamado a vivir en la Verdad**, a estar abierto a la Verdad.

Para nosotros los cristianos, además, recordemos que la Verdad no es una idea, ni es un silogismo, la **Verdad es una Persona**. Es Jesús de Nazaret, o por decirlo de otro modo, **la verdad más importante de nuestra vida es nuestra relación con Jesús de Nazaret**.

ENCUENTRO CON LA VERDAD.

A estos hombres se les llama «magos» que significa «sabios», no magos de hacer un truco de magia sino estudiosos, gente que había profundizado en la sabiduría humana y desde esa sabiduría estaban buscando tener un encuentro con lo divino. Y así, —vamos a decir que son tres, aunque exactamente la Escritura no lo dice— se ponen en camino, salen de su tierra.

¹ cf. Jn 14, 7-17.

Si decíamos que el primer presupuesto para encontrarnos con Cristo es vivir en la verdad, ser honestos con nosotros mismos, dejar que la realidad se muestre tal cual es; en segundo lugar, en esa búsqueda del Señor, siempre hay que hacer un «salir». De hecho, Abraham, nuestro Padre en la Fe, también en ese primer encuentro que tiene con Dios escucha: «*Sal de tu tierra*» (**Gn 12, 1**); y efectivamente lo hace, es bonito ver cómo Abraham, en ese momento pues es capaz de dejarlo todo.

¡Y esos hombres lo arriesgaron todo! Deberían tener patrimonio, ser personas importantes, con dinero, con posibilidades, y lo arriesgaron todo porque querían o daban más importancia al **encuentro con la verdad**, al encuentro con la divinidad, que a cualquier cosa de este mundo.

A veces, nosotros no nos encontramos con Cristo de verdad, porque damos más importancia a nuestro bienestar social, a nuestra comodidad, al status, al dinero. A veces incluso es muy difícil salir en la búsqueda de Cristo, cargando con tantas cosas que al final se convierten en un verdadero estorbo.

A mí, ¿qué cosas me impiden salir de mi tierra, salir de mi comodidad, salir de mi espacio de confort? Es algo que me tendría que preguntar.

Si busco realmente a Cristo, antes tengo que saber dejar todo aquello que va a ser un impedimento o un obstáculo en mi búsqueda del Señor. Y efectivamente estos hombres hacen una apuesta, además dicen: «*Es que vimos su estrella*». (**Mt 2, 2**). Vieron una pequeña luz. El Señor en el Salmo dice: «*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?!*» (**Sal 27, 1**). ¡Qué bonito es cuando el Señor dice: «*Yo soy la luz del mundo*»! (**Jn 8, 12**).

Pero es bonito encontrarse también cómo esa luz de Dios no es una luz deslumbrante, no es una luz que te hace ver todo el futuro de repente. No; es una pequeña luz, como esa pequeña estrella que nos va guiando día a día, momento a momento, incluso minuto a minuto. Es bonito porque ellos caminan de noche, no caminan de día, no se puede ver las estrellas, tenían que caminar de noche y por tanto con todo lo que eso supone de riesgos, de caminos que no se ven con claridad.

DEJARSE AYUDAR.

Las cosas más importantes de nuestra vida a veces suceden en la oscuridad, cuando en medio de las tinieblas le pedimos a Jesús que sea nuestra luz y Él nos viene a iluminar un poquito, sólo por hoy, solamente en este momento. Y así ellos vieron una pequeña estrella que era especial, se dieron cuenta que era distinta y además como que, se direccionaba hacia algún lugar. Dios se sirve de muchas cosas, de pequeños signos, se sirve de pequeñas cosas para indicarnos, orientarnos hacia dónde tenemos que ir.

Y así ellos, valientes, arriesgando su vida, y porque habían visto esa estrella, ellos se ponen en camino, en marcha, pudiendo incluso perder la vida en el camino. Pero no había nada más importante en su vida que, puesto que habían invertido tanto tiempo en el conocimiento de la Creación, sabían que tenía que haber un Creador y que ese Creador se manifestaba: pero que se manifestaba suavemente, no a todo el mundo, que se manifestaba

a través de una pequeña estrella que de día no se veía y que había que seguirla de noche y con muchísimas dificultades y con muchísimos peligros, incluso riesgos personales; porque efectivamente encontrarse con Dios o buscar a Dios siempre es un riesgo, porque siempre es una apuesta.

Hay un momento precioso, además incluso, cuando ellos pierden la estrella. De hecho, en la escena, ellos van a Jerusalén primero, llegaron a Jerusalén diciendo que son Magos de Oriente, y fueron a ver a Herodes y le dijeron explícitamente: «*Es que vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo*». (Mt 2, 2). Otro versículo más adelante dice: «Cuando volvieron a ver la estrella se llenaron de alegría»², y la estrella les indicó exactamente el lugar de Belén. Podemos ver cómo ellos al perderse es porque la estrella desaparece; porque a veces parece ser que Dios juega con nosotros al escondite. Hay días que tenemos todo muy claro y hay días que el ánimo se nos hunde. Hay momentos que tenemos una claridad absoluta, y otros que tenemos una tiniebla bloqueante. **Ellos piden ayuda.**

Otra característica de estos Magos de Oriente es que son personas que se dejan ayudar. Incluso aunque la ayuda se la piden a una persona que ellos sabían —todo el mundo en el Oriente conocía a Herodes el Grande— que era un tirano con un problema muy serio, porque tenía esa idea de que todo el mundo le quería quitar el trono; él mismo mata a sus propios hijos porque cree que le quieren quitar y usurpar el poder y quedarse en su lugar. Tenía una especie de paranoia patológica muy grave, y sin embargo, era la autoridad. Por muchos defectos que tuviera —una vida disipada, rota, ruin— sabían que Dios actúa a través de la autoridad³ con independencia de su calidad moral.

Esto también nos tiene que hacer reflexionar. En la Iglesia a veces tenemos personas que nos pueden gobernar, que tienen una autoridad y a lo mejor no son un modelo de vida; y no por ello, nosotros dejamos de reconocer y de aceptar la autoridad. Aunque efectivamente mientras que no nos manden pecar, efectivamente tenemos que obedecer, estamos sujetos a ellos y lo estamos con gusto, no tanto por su calidad personal, moral, cuanto por ese lugar donde Dios ha querido que estén, que es un lugar de autoridad.

Los Magos van a Jerusalén y preguntan: «*¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Es que vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo*». Es decir, nos hemos quedado como bloqueados, hemos hecho un esfuerzo muy grande y parece como que al final llegan a Judea y no lo encuentran. Parece como que al final del camino todo se pierde, aparentemente como que todo es inútil, y es cuando hacen ese **gran acto de humildad de pedir ayuda.**

A las personas que somos un poco soberbias, a veces nos cuesta un poco pedir ayuda, nos cuesta dejarnos ayudar, reconocer que nos hemos equivocado, reconocer que por nosotros mismos no nos valemos. Y es que no podemos ser autónomos, es que Dios quiere que vivamos la fe, siendo muy conscientes de nuestra fragilidad y siendo muy conscientes que necesitamos de los demás. Siempre necesitaremos de los demás para tener un encuentro verdadero con Él.

² cf. Mt 2, 9-10.

³ Rm 13, 1.

Y así, estos Magos no solamente son un ejemplo de buscar la verdad, de valentía, de arriesgar la vida, de seguir al Señor a través de una pequeña luz, sino sobre todo para nosotros **son un ejemplo de humildad.**

Humildad y verdad no se pueden separar. De hecho, Santa Teresa de Jesús, cuando ella cavilaba, decía:

¿Por qué al Señor le gustará tanto la virtud de la humildad? Porque la humildad no es otra cosa que vivir en la verdad, que andar en la verdad.

Después de que estos Magos se someten y consultan a la autoridad, también le piden a la autoridad que les indique un camino; a su vez, la autoridad consulta por supuesto con los expertos en Sagradas Escrituras, con aquellos que sabían mejor dónde tenía que nacer el Mesías. *«Ellos le respondieron: “En Belén de Judá” (Mt 2, 5).* Herodes les dijo muy pérfidamente: *«Id e indagad...y cuando lo encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarlo».* (Mt 2, 8)

Dice el Evangelio que efectivamente al salir del palacio, al salir del lugar donde estaba Herodes el Grande, volvieron a ver la estrella, se llenaron de alegría, y entonces efectivamente, Dios después de ese acto de humildad, se vuelve a manifestar con toda su fuerza y ya directamente los lleva a ese lugar, donde encuentran a un matrimonio y a un Bebé recién nacido.

¡Qué impresionante es ese momento! Después de tantos kilómetros, de tantos peligros, después de haber evitado ladrones, salteadores, fieras, fríos, después de haber invertido todo su patrimonio, digamos, para llegar a una meta, resulta que esa meta, ese Rey de los judíos, Salvador del mundo, es un Bebé indefenso, y sin embargo, dice el evangelista que ellos: *«Entonces se postraron y lo adoraron».* (Mt 2, 11).

Ellos sabían que Dios es tan grande que puede hacerse muy pequeño. Es más, que **el Dios de la Grandeza está de un modo especial en la pequeñez.** Cristo, años más tarde lo diría: *«Tuve hambre, me disteis de comer; tuve sed, me disteis de beber; estuve enfermo, me atendisteis; en la cárcel vinisteis a verme».* *«¿Cuándo señor?»* *«Cada vez que lo hacíais con estos, los más pequeños, los más desfavorecidos, los menos capaces, me lo estabais haciendo a mí».* (Mt 25, 35-40). Y por eso, ellos no tuvieron ningún reparo, **no pusieron condiciones a Dios.** No dijeron: «Cuando lo hagamos, tienes que rebelarte a través de un rayo fulminante o que alrededor de Ti hay unos Ángeles tocando violines». Es que, no le dijeron a Dios cómo tenía que manifestarse. No le pusieron condiciones a Dios. **Dejaron a Dios ser Dios y dejaron que Dios se manifestara como a Él le pareciera bien.** Entonces, efectivamente llegan ante el Niño, se ponen de rodillas y comienzan a adorar.

¡Qué preciosidad! La palabra adoración viene del latín «ad ore», «el que se lleva el dedo a la boca», como para cerrar la boca, para que ya las palabras no salgan, sino simplemente sea una rendición absoluta ante alguien que es mucho más grande que tú. Ante alguien que está tan por encima de ti, que te sometes, pero, además, con gozo, como diciendo: «Qué gusto que pueda estar al lado de la Grandeza y no tener que hacer nada especial. Estar ante Ti, Señor, en silencio, en paz, sin grandes discursos». Como el bebé está en brazos de su madre, y siente el latido de su corazón, no tiene que decir nada, ni la madre tiene que decir

nada, porque se experimenta una verdadera comunión, así es la verdadera adoración cristiana. Jesús a la mujer samaritana le decía que: «*Algún día llegará el momento en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraran al Señor*». (Jn 4, 21). Porque Dios quiere **adoradores en espíritu y en verdad**. Y así es como el Señor nos pide realmente que sea nuestra adoración hacia Él: «*en espíritu y en verdad*» (Jn 4, 23); en el silencio, en la vida entregada, en el servicio hecho con alegría, y por supuesto, siempre que podamos, delante del **Santísimo Sacramento**. Si no podemos ir a la Iglesia porque no nos resulta fácil, pues en ese silencio de nuestro cuarto, cuando quitamos todos los ruidos de la casa, intentamos aislarlos y empezamos una verdadera adoración.

NUESTRA OFRENDA.

Esta adoración después se convierte en una en una ofrenda. Leemos: «*abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra*». (Mt 2, 11). Dice la Tradición que el oro es por su condición Real; el incienso, por su condición Divina; y la mirra: por causa de su Pasión. Son tres ofrendas preciosas que simbolizan de algún modo las tres grandes cosas que el ser humano puede ofrecer y puede entregar a Dios en su vida, que es un Himno de Alabanza y un Himno de Adoración.

El oro.

El oro siempre es lo más bello. Siempre hemos pensado que el elemento más precioso de la Creación es el oro, por eso, efectivamente es el más caro; y ellos quisieron llevarle lo mejor. Seguro que no llevaban grandes sacos de oro, sería algo simbólico; pero también nosotros tenemos que pensar que a Dios no le podemos ofrecer chapuzas⁴, que a Dios no le podemos ofrecer lo que nos sobra, los restos. **A Dios, siempre lo mejor de nosotros mismos, desde nuestra pequeñez y desde nuestra debilidad.** ¿Y qué es lo mejor que podemos ofrecerle a Dios? ¿Acaso son nuestras virtudes? ¿Acaso son nuestras heroicidades? **Lo mejor que podemos ofrecerle a Dios, es nuestra capacidad de dejarnos querer por Él, de dejarnos abrazar.**

El hombre es grande en cuanto que se hace pequeño, es capaz de recibir amor, y después de que recibe un amor muy grande, lo rezuma, lo entrega, lo regala. Dicen que un niño pequeño recién nacido lo que más necesita de sus padres es cariño, es ternura y es no cuestionarse nunca que es amado. Si a un niño desde pequeño se le dice: «No nos gustas, nos has decepcionado», ese niño queda herido para el resto de su vida, le va a costar mucho encontrar después la confianza y saber amar.

Y entonces nuestro oro, el oro más bello que nosotros podemos entregar a Jesús en esta contemplación de Su Vida: «Señor, yo **te ofrezco lo mejor que hay en mí**. Y lo mejor que hay en mí, es que **te conozco**. Lo mejor que hay en mí es que **sé que me quieres**. Lo mejor que hay en mí es que voy a evitar todo juicio negativo sobre mí, sobre los demás; porque si me amas a mí tanto, yo tengo que repartir ese amor, tengo que regalarlo, no

⁴ chapuzas: de mala calidad.

puedo cicatear⁵ con tu amor, ya que recibo a borbotones cada día, cuando me encuentro contigo, recibo pues algo tan especial, tan magnífico, que no me lo puedo guardar».

Somos invitados a adorar a Jesús con el oro, que Él mismo ha puesto en nuestro corazón y que tenemos que reintegrárselo con toda nuestra libertad y con todo nuestro cariño.

El incienso.

Siempre ha simbolizado **la oración**, ese perfume que sube hasta el Cielo. El incienso es una resina que, en contacto con el fuego, con la brasa, realiza la combustión produciendo un olor con una fragancia que mata o quita todos los malos olores alrededor. De hecho, hay un Salmo que dice: «*suba mi oración como incienso en tu presencia*» (**Sal 141, 2**). Y efectivamente, que nosotros seamos un perfume para el Señor, que nosotros sepamos que lo más grande, lo más bonito que nos puede pasar en nuestra vida, es poder relacionarnos con Dios, y nuestra relación con Dios se hace fundamentalmente en dos sectores: a través de la oración y a través del servicio a los demás.

No hay verdadera relación con Dios si no hay un trato personal con Él. Pero tampoco hay verdadera relación con Dios si ese trato personal con Él no nos lleva a quererle, amarle, servirle en los más pobres, en los más necesitados, en los más indigentes. Eso sí, cuando nosotros decimos: «Señor, yo te vengo a adorar con mi incienso», es como de algún modo decirle: «Señor, yo quiero adorarte primero invirtiendo cada día un tiempo sólo en Ti». Esa gente que dice: «Es que tengo mucha prisa, es que estoy muy ocupado, es que tengo muchas cosas que hacer; cómo voy a ir yo a la Misa a diario, cómo voy a rezar un Rosario, cómo voy a hacer meditación, si estoy tan comprometido con tantas cosas tan necesarias». Y, ¿no tienes ni diez minutos para Dios? Sí lo tienes a lo mejor para saber cómo ha ido tu equipo de fútbol, o para saber la última moda, o las últimas noticias del día y, sin embargo, para el Señor no encontramos ese tiempo.

¡Qué bonito es adorarle con nuestro incienso! Decir: «Dios mío, me encantaría estar siempre en oración ante Ti, siempre en Tu presencia». No quiere decir que estoy trabajando o estoy haciendo mis cosas, y que estoy repitiendo el «Padre nuestro que estás en el cielo...» porque a lo mejor hago mal mi trabajo. Es simplemente estar en Su presencia, y por supuesto, **convertir la oración en vida**, en el sentido de que, después que hemos estado en la presencia del Señor, continuar en Su presencia cuando ese Señor se queda en las creaturas.

Y hoy también por qué no decirlo: «Señor, enséñanos a adorarle con nuestro incienso, con ese perfume, porque lo que más te puede agradar es que sepamos **servir**».

Decías Señor Tú mismo: «*el Hijo del hombre, que no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos*». (**Mt 20, 28**). De hecho, hay una frase muy bonita que dice y que resume esta idea:

«El que no vive para servir, no sirve para vivir». (**Santa Teresa de Calcuta**)

Y efectivamente nuestra vida es un servicio, nuestra vida —si queremos identificarnos con Cristo— es ponerlo todo siempre pensando en los demás, siempre en disposición de

⁵ cicatear: actuar con mezquindad.

los demás, siempre mirando a nuestro alrededor, sabiendo qué bien puede hacer aquello, que hacemos.

La mirra.

Se utilizaba especialmente para las heridas, y también para ungir los cadáveres y evitar ese proceso de descomposición, el mal olor. De hecho, sabemos que cuando Jesús es descendido de la Cruz ponen sobre Su Cuerpo un ungüento con mirra y áloe.

Yo tengo esa devoción personal, la comparto con vosotros. Estoy convencido que María —que conocía perfectamente las Sagradas Escrituras, sabía que el Mesías tenía que padecer para entrar en la Gloria, conocía todas las profecías de Isaías acerca del Siervo— al recibir la mirra, la guardó para ese momento, como diciendo: «Ya se me anunció desde el principio que yo iba a ser la madre de alguien que iba a morir por amor, y que iba a entregar Su vida, por amor, torturado». Y efectivamente, después con los años, esa mirra sería el ungüento de amor, de cariño, que se pondría sobre el Cuerpo ya fallecido de Jesús. ¡Qué importante es esto!, porque la mirra también es un modo de adorar.

¿Qué significa la mirra? ¿Cómo gestionar las heridas? ¿Cómo gestionar las muertes, el misterio del sufrimiento en una sociedad del bienestar?, ¿en una sociedad que nos dice constantemente: «Tienes que consumir, tienes que gastar, tienes que ser lo mejor»? Porque todo es placer, todo es hedonismo. De repente Jesús te dice: «Quien quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz, y que me siga. El que quiera ganar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará»⁶. Y por eso, nosotros adoramos también al Señor en la Cruz.

Ya no solamente mirándole crucificado, sino en esa participación de Su Cruz que Él permite cuando nosotros somos visitados por la pena, por el dolor, por el fracaso, por la enfermedad, por la muerte de alguien querido; en definitiva, cuando nos golpea la cruz. Y entonces, ahí sí que es difícil, ahí sí que es bonito y verdadero adorar a Jesucristo cuando nuestro corazón está roto, cuando la vida no nos ha salido bien, cuando nos sentimos y nos sabemos crucificados. **Esa es la adoración.**

Los Sabios de Oriente, los Reyes Magos, que de algún modo también intuyeron, o fue a lo mejor un soplo del Espíritu Santo, que ese Rey de los Judíos que iba a nacer, que iba a ser el Salvador del Mundo, tendría que pasar también por el túnel del dolor. A veces, pensamos que el sacrificio o que el sufrimiento son un impedimento para ser felices. Cada día yo estoy más convencido, porque lo dice el Evangelio y también por experiencia personal, que **el sufrimiento no me impide ser feliz**. Es más, el camino de la felicidad, pasa muchas veces por el camino del sufrimiento. Cuando a Jesús le preguntan: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les respondió (**Lc 13, 24-27**): «*Entrad por la entrada estrecha, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición*» (**Mt 7, 13**). Y nosotros sí, en la vida caminamos por esa puerta que a veces es difícil pasar y se nos hace o se nos puede hacer muy cuesta arriba.

⁶ cf. Mt 16, 24-25.

«Adorarte Jesús cuando esté crucificado, adorarte Jesús cuando lllore, cuando tenga esa sensación de impotencia, cuando esté enfermo, mareado, solo, abandonado, decepcionado; en ese momento, poderte adorar»: es la adoración más limpia, más bella que puede hacer un ser humano.

¡Qué bonito es también este recurso de la mirra, del dolor, del sufrimiento, como algo que se le debe a Dios, que se lo podemos entregar, que se lo debemos entregar! De algún modo Jesús, cuando dice: «*Tengo sed*» (**Jn 19, 28**), tiene sed de nuestras heridas, tiene sed de nuestras cruces, tiene sed de que le entreguemos a Él, crucificado y después resucitado, todo aquello que nos ha crucificado en la vida para también poder, por supuesto, después resucitar con Él.

Y así, estos Magos de Oriente en nombre, digamos, de toda la humanidad, de toda la gentilidad —los gentiles para los israelitas eran todos los que no son judíos, les llamaban gentiles, paganos— de algún modo nos representaban a todos nosotros. Y el Señor accede, acoge con agrado esos regalos, sobre todo por esa intención tan bonita de corazón. ¡Qué esfuerzo habían hecho! Pero a la vez entendieron que ese esfuerzo había sido un regalo, había sido un don, que ese esfuerzo había sido un milagro de Dios. Ellos no pensaron: «Somos muy valientes y nos tienen que premiar el esfuerzo». No; todo lo contrario, se consideraban privilegiados por haber podido sufrir con Cristo, esforzarse por Cristo y encontrarse con Él y adorarlo.

La vida cristiana no es un esfuerzo por alcanzar la cumbre divina, sino que es recibir un don que me lleva a esa cumbre con mi libertad por supuesto, y con mi decisión de sacrificarme, de negarme a mí mismo. ¡Claro que sí! Quién dice que no. Pero siempre es un don, siempre primero es el don y después la respuesta; es decir, primero es la mística, y luego es la estética; primero es el encuentro con el amor, y después el deseo de corresponder a ese amor. Primero somos amados, lo decía el Apóstol San Juan: «*En esto consiste el amor: no en que hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó*». (**1Jn 4, 10**). «*Nosotros amamos porque él nos amó primero*». (**1Jn 4, 19**). Esta es nuestra grandeza, esto es lo bello y esto es lo importante.

Una última apreciación. Leemos: «*Pero, avisados en sueños que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino*». (**Mt 2, 12**). Herodes les había dicho: «Por favor, cuando encontréis al niño, me lo tenéis que decir para yo ir a adorarlo».

Ellos intuyeron que Herodes, que era un perturbado, iba a destruirlo, y sabían que esa decisión suya de no decirle a Herodes nada iba a tener consecuencias muy trágicas. De hecho sabemos, por la matanza de los Santos Inocentes, que Herodes, lleno de rabia, mandó matar a todos los niños de la comarca. ¡Terrible! Menos mal que José fue avisado por el Ángel: «Toma al niño y a tu mujer y huye a Egipto, porque lo quieren ejecutar, lo quieren matar»⁷. El principio de la Vida de Cristo ya está vinculado con la muerte y con el sufrimiento.

Los Magos volvieron por otro camino, y seguro que la vuelta fue igual de difícil, seguro que la vuelta fue igual de penosa en el sentido de desiertos, fríos; a lo mejor ya no tendrían

⁷ cf. Mt 2, 13.

que viajar de noche, porque efectivamente ya la estrella les había guiado hasta su destino, y ellos ya conocían el camino de vuelta. Pero, ¡regresarían con un corazón tan lleno!, ¡habían tenido una experiencia tan bonita de Dios!, habían tenido un encuentro tan real con el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, que todo les había valido la pena.

Entendieron que toda su vida, toda su búsqueda científica, todo su estudio de las estrellas, había tenido una única razón de ser, **encontrarse con el Mesías, encontrarse con el Salvador**, acoger en su corazón la salvación, y seguro que hablaron del Niño a tantísima gente, seguro que después ellos dieron un testimonio tan precioso de su encuentro con ese Dios que es Todopoderoso pero que se manifiesta en la debilidad. Sabemos que estos Magos de Oriente son los primeros discípulos no judíos.

¿Qué pasaría años después? ¿Conocieron a Cristo cuando ya se hubo manifestado? ¿Les llegó la Buena Noticia? Como no conocemos su edad, como no conocemos los tiempos, podríamos pensar que sí, pero se quedaron con esa experiencia de Dios tan grabada en su corazón que hubo «un antes y un después». Y es que nosotros somos un conjunto de vivencias.

¿Qué es un ser humano? Una persona que ha vivido muchas experiencias en el colegio, con los amigos, en la familia, en la infancia, en la edad adulta, que nos van configurando una historia en la que van sucediendo cosas, y hay algunas cosas, digamos ordinarias, normales, las de todos los días; y hay algunas cosas un poco más bonitas, un poco más importantes como cuando nacen mis hijos o cuando se acaban sus estudios.

Pero hay acontecimientos que marcan definitivamente tu vida, se podría decir que «hay un antes y un después» en el que cambia absolutamente todo. El que se ha encontrado de verdad con el amor de Dios, sabe que ya nada puede ser igual. El que se ha encontrado con la Verdad que es Cristo, sabe que a partir de ese momento ya no puede vivir de espaldas a la Verdad, ya no puede ignorar el hecho de que Dios ha salido a su encuentro, y que le pide una vida de amor, de coherencia, de entrega, de servicio.

¡Qué importante saber que la fe siempre comienza con un encuentro con Jesucristo Vivo y Resucitado! No con alguien del pasado del que me cuentan cosas, no con una ideología que es el cristianismo, no con un sistema moral para ser muy bueno, o con unos actos litúrgicos más o menos bonitos. Yo soy creyente porque yo me he encontrado con Jesús de Nazaret que vive, ¡que vive ahora!, e interactúa conmigo como pueden interactuar mis hermanos, mis padres, mis vecinos, mi gente. Y esa interacción con Cristo, ese encuentro con Cristo, da lugar a que le conozca y proclame una fe, da lugar a que lo celebre y viva una liturgia; sobre todo, da lugar después a que la Vida de Cristo también suceda en mí, que dará lugar después a intentar ser mejores en una vida moral; pero **lo esencial es ese encuentro con Jesucristo**. Esos tres Magos de Oriente, siendo fieles a la verdad, siendo valientes, tuvieron ese encuentro tan maravilloso con el Amor de Dios en un Bebé, en una pequeña Familia.

Ya que estamos terminando, vamos a pedirle al Señor que esta Meditación y esta Contemplación de la Vida del Salvador nos haga pensar que también nosotros tenemos una estrella que nos guía, que también nosotros tenemos un destino, y que estamos

llamados a encontrarnos con Él en la oscuridad, en las tinieblas, pidiendo ayuda; que, en ese encuentro, estamos llamados a adorarle con lo mejor de nosotros mismos, con nuestro oro, con nuestro incienso, con nuestra mirra, y que efectivamente, después de ese encuentro de adoración con el Dios Verdadero, nuestra vida cambiará, ya nada será igual.

Podremos decir, como decía el Apóstol San Pablo años después, cuando escribía a los primeros cristianos: «*Vivo yo, pero ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí, y vivo de la fe en aquel que me amó y se entregó por mí*»⁸. Que nosotros podamos repetir esto: «*Vivo yo, pero es Cristo; es Cristo quien vive en mí*».

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.

⁸ cf. Ga 2, 20.